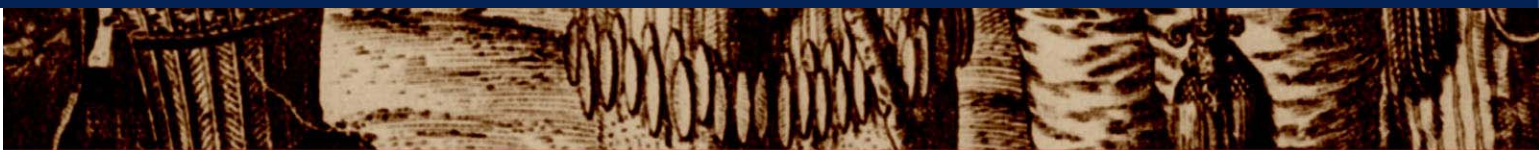




Capítulo 1



FRANQUEANDO FRONTERAS

GARCILASO DE LA VEGA Y *LA FLORIDA DEL INCA*

Edición, introducción y cronología de
RAQUEL CHANG-RODRÍGUEZ



Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial

Franqueando fronteras: Garcilaso de la Vega y *La Florida del Inca*
Primera edición: septiembre de 2006

© Raquel Chang-Rodríguez, 2006

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2006
Plaza Francia 1164, Lima 1 - Perú
Teléfonos: (51 1) 330-7410, 330-7411
Fax: (51 1) 330-7405
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones/fondo_ed/

Imagen de la cubierta: *El cacique timucuario Athore y el capitán francés René de Laudonnière conversan cerca de la desembocadura del río San Juan. En Jacques Le Moyne. Brevis narratio eorum quæ in Florida Americæ Provincia (Fráncfort: Theodore de Bry, 1591).*

Imagen de la contracubierta: *Sección del mapa de Freducci (1515-1519) que muestra la parte peninsular de La Florida, al norte de Cuba y La Española.*

Diseño de cubierta: Edgard Thays

Diagramación de interiores: Juan Carlos García M.

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN 9972-42-776-5

Hecho el depósito legal 2006-4763 en la Biblioteca Nacional del Perú

Registro del proyecto editorial en la Biblioteca Nacional del Perú: 11501010600569

Impreso en el Perú - Printed in Peru

*Un nuevo mundo: indígenas y europeos en La Florida del siglo XVI**

JERALD T. MILANICH
The University of Florida

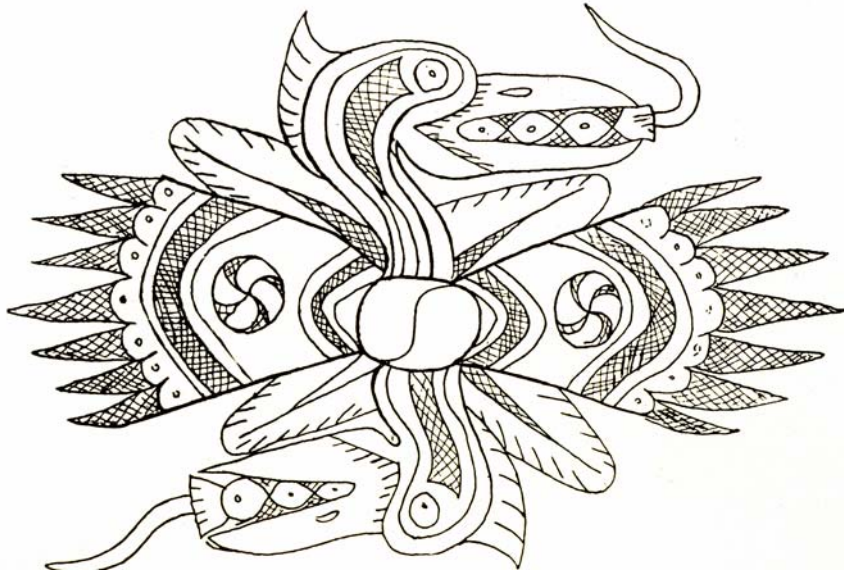
En la Semana Santa de 1513 cuando Juan Ponce de León y su tripulación navegaban por la costa oriental de lo que creían que era una gran isla. En honor a la Pascua Florida y al verdor de la tierra, los españoles la bautizaron como La Florida. Los marineros europeos ignoraban que centenares de ojos, pertenecientes a los indígenas que habitaban en la costa atlántica de La Florida, les devolvían las miradas. Durante las siguientes semanas, españoles e indígenas se encontrarían cara a cara varias veces, a medida que los europeos y las poblaciones nativas de La Florida empezaban a forjar un nuevo mundo.

Menos de una década después del viaje de Juan Ponce de León de 1513, los marineros españoles se percataron de que La Florida no era una isla sino parte de un gran continente ubicado en la zona norte del creciente imperio español en las Indias. Aunque el término ‘La Florida’ inicialmente se refería a todo el territorio que estaba al norte y al este de la Nueva España (México), con el paso del tiempo terminó siendo el nombre de un área más pequeña, que comprende aproximadamente toda la zona sudoriental de Estados Unidos, desde el este de Texas, Arkansas y Missouri hasta la costa atlántica.

Durante las ocho décadas que siguieron al viaje de Ponce de León, marineros y soldados españoles, franceses e ingleses exploraron la zona, trazaron mapas de esta e intentaron fundar poblaciones en la costa y el interior de La Florida. Estas expediciones coloniales establecieron el contacto entre los indígenas del sudeste —pertenecientes a sociedades con miles de años de antigüedad— y los conquistadores, empresarios, frailes y colonos, todos empeñados en que las monarquías europeas dominaran el territorio de La Florida y su población (Ilustración 1).

En 1513, La Florida albergaba a centenares de miles —tal vez varios millones— de indígenas organizados en diversos grupos étnicos y políticos que se comunicaban en varias lenguas. Las poblaciones más densas estaban en el interior, particularmente en los muchos valles que fluían desde los Apalaches hacia el sur y el este, y aquellos en los que drenaba el bajo

* Traducción de Jorge Bayona Matsuda.

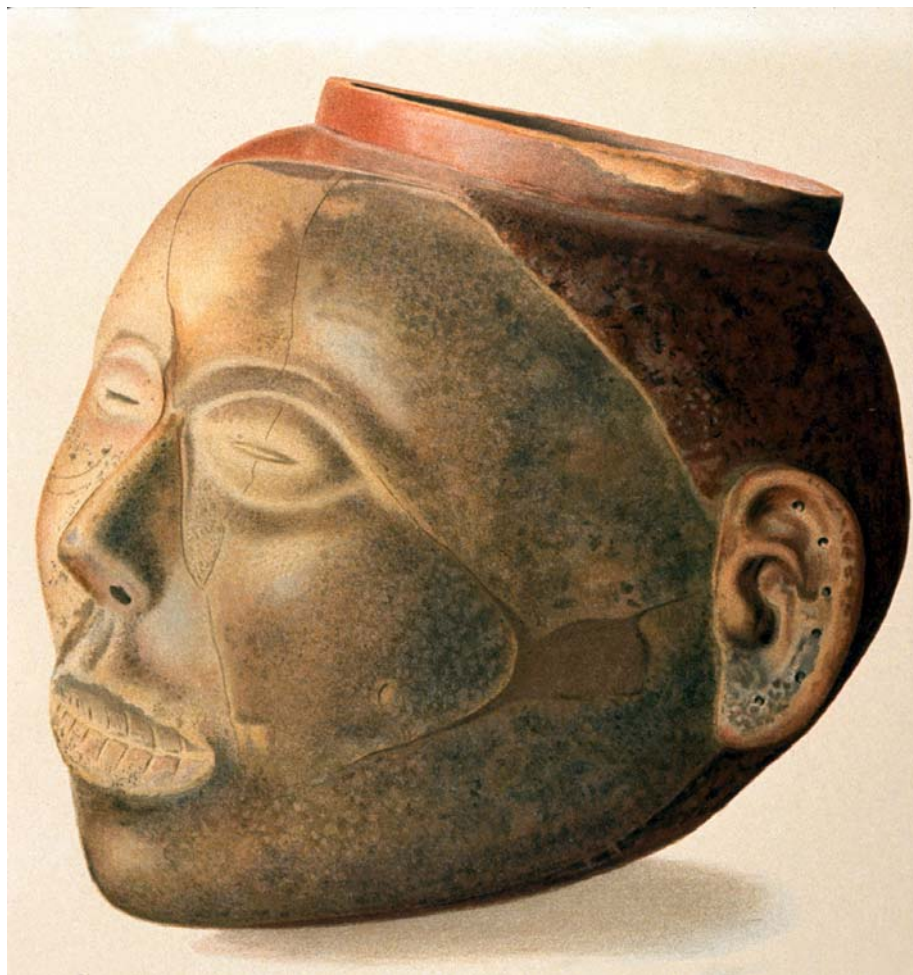


1. Motivo decorativo de un cerámico de Moundville, Alabama. Altura: casi 10 centímetros. Clarence B. Moore, «Certain Aboriginal Remains of the Black Warrior River». *Journal of the Academy of Natural Sciences of Philadelphia* 13 (1905): 125-244.

río Misisipi. Los arqueólogos han denominado cultura del Misisipi al patrón general asociado a estas poblaciones, y reconocen que este se desarrolló y difundió por buena parte de La Florida entre los años 750 y 1000 d. de C. Los habitantes de la cuenca del Misisipi eran agricultores —cultivaban maíz y otros productos— y construían grandes pueblos —frecuentemente fortificados—, con plazas alrededor de las cuales se elevaban montículos de tierra que servían de base para edificar templos o viviendas para la elite, o tenían otros propósitos¹ (Ilustración 2).

Las sociedades del Misisipi eran gobernadas por jefes que habían heredado el poder y por otros individuos de la elite situados en la cúspide de un sistema sociopolítico que incluía a autoridades y funcionarios menores, muchos de los cuales vivían en caseríos dispersos en el campo. Algunos cacicazgos tenían una organización compleja, con un jefe supremo cuya autoridad alcanzaba a decenas de jefes regionales menores, residentes en diversas localidades. A través de alianzas, tales jefes literalmente controlaban centenares de pueblos y a sus habitantes. En otras sociedades existentes durante el mismo periodo —particularmente en aquellas ubicadas en regiones donde la producción agrícola tenía menor importancia para el bienestar económico— había comunidades menos densas y unidades políticas más

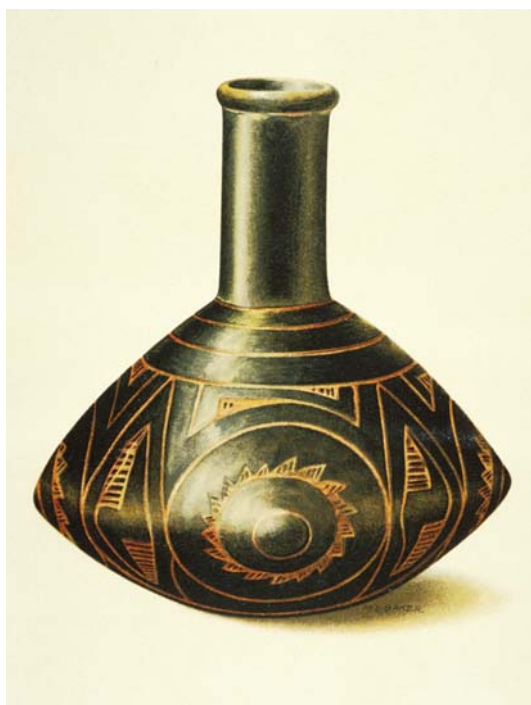
¹ Para mayor información sobre las sociedades de la cuenca del Misisipi y sus ancestros precolombinos, véase el libro de George R. Milner (2004).



2. Ceramio en forma de cabeza de Rose Mound, Arkansas. Altura: 16,5 centímetros.
Clarence B. Moore, «Antiquities of the St. Francis, White, and Black Rivers, Arkansas».
Journal of the Academy of Natural Sciences of Philadelphia 14 (1910): 255-364.



3. Pintura en un ceramio de Haley Place, Arkansas. Altura: 19 centímetros. Clarence B. Moore, «Some Aboriginal Sites on Red River». *Journal of the Academy of Natural Sciences of Philadelphia* 14 (1912): 483-638.



4. Pintura en un ceramio de Foster Place, Arkansas. Altura: 15,5 centímetros. Clarence B. Moore, «Some Aboriginal Sites on Red River». *Journal of the Academy of Natural Sciences of Philadelphia* 14 (1912): 483-638.

pequeñas, tanto en términos del número de pobladores como de la extensión geográfica. Tales sociedades eran más comunes en las regiones costeras y en la Florida peninsular. Sus habitantes, indígenas sudorientales, dependían menos de la producción agrícola y más de la pesca de agua dulce o salada, así como de una variedad de animales y plantas silvestres (Ilustración 3).

Los arqueólogos han encontrado miles de objetos pertenecientes a estos indígenas sudorientales, que vivieron durante el periodo precolombino tardío. Las piezas muestran una rica iconografía que refleja el sistema de creencias de las poblaciones nativas; se han encontrado, por ejemplo, objetos íntimamente relacionados con la creencia en lo sobrenatural. Los sistemas religiosos, sociales y políticos de estos hombres eran tan intrincados y llenos de significado como los de sus contemporáneos europeos, y la parafernalia y el arte asociados con las creencias nativas eran igualmente asombrosos.²

En 1605, año en que se publicó la crónica *La Florida del Inca*, de Garcilaso, estaban ocurriendo grandes cambios en el sudeste. Expediciones coloniales inglesas, francesas y españolas habían bordeado las costas de la región y posteriormente penetrado en el corazón de las sociedades que habitaban al interior de la cuenca del Misisipi. Los españoles que proveyeron a Garcilaso de testimonios de primera mano acerca de la entrada que realizó Hernando de Soto entre 1539 y 1543 habían estado en estos pueblos indígenas, donde fueron testigos de aspectos de la vida nativa que los dejaron perplejos. Algunos de los fenómenos que presenciaron jamás volverían a ser vistos por ojos europeos (Ilustración 4).

La presencia de los conquistadores españoles en los pueblos nativos —desde Florida hasta Arkansas— marcó el comienzo de grandes cambios sociales y políticos. El poder e influencia de los jefes nativos decayó como consecuencia del descenso poblacional causado por las epidemias; los grupos étnicos y políticos se desplazaron, separaron y reformaron; la población buscó nuevas oportunidades económicas y abandonó las antiguas. Entre los grupos nativos costeros y de Florida también se produjeron cambios a medida que su población colapsaba. Para 1605, frailes franciscanos y oficiales agustinos españoles se dedicaron sistemáticamente a fundar misiones en los pueblos nativos de La Florida del norte y de la Georgia costera y del sur, introduciendo cambios adicionales. Dos años después, los ingleses establecieron una colonia en Jamestown, sumando otra constelación de factores y estimulando migraciones aún mayores. De los pueblos de la cuenca del Misisipi precolombino surgirían nuevos grupos étnicos. Así, La Florida se transformó en un nuevo mundo (Ilustración 5).

² Las creencias e iconografía de los indígenas sudorientales son descritas por Hudson (1976); véase también el estudio novelado de Hudson (2003) acerca del cosmos Misisipi.



5. Dibujo en plancha de cobre, de Lake Jackson, Florida. Altura: 51 centímetros. Este es el anverso del dibujo. Jones, B. Calvin. «Southern Cult Manifestations at the Lake Jackson Site, Leon County, Florida: Salvage Excavation of Mound 3».

Midcontinental Journal of Archaeology 7 (1982): 3-44.
Cortesía de la Florida Division of Historical Resources.

Culturas en contacto, 1513-1536

La invasión española de La Florida empezó por el mar. El propósito de los viajes de los conquistadores era reconocer el territorio, trazar mapas, explorar y recolectar información. Motivaba estas iniciativas el deseo de obtener y acumular riqueza: piedras o metales preciosos, tierras fértiles apropiadas para plantaciones productivas, poblaciones humanas susceptibles de ser esclavizadas, y pieles de animales, madera y otros recursos exportables.

A cada expedición que se realizaba a La Florida, los monarcas españoles le concedían un asiento, es decir, un contrato que definía las reglas y el alcance del proyecto. Típicamente, tales acuerdos especificaban el esfuerzo que se iba a realizar —referido a personas y, a veces, al aspecto económico—, las características de la región que se iba a explorar, las tareas que había que cumplir —incluyendo el establecimiento de fortalezas y poblaciones—, el marco temporal para la expedición, la división de las tierras colonizadas, los títulos que iban a ser conferidos y la forma en que se iban a repartir las ganancias.

Los reyes de Castilla y Aragón eran soberanos católicos que tenían el compromiso de defender la monarquía y difundir esta religión. Ser un súbdito leal de la Corona equivalía a ser un súbdito leal de la Iglesia católica. Por ello, los contratos también estipulaban que los grupos humanos que pasaban al control de la Corona también debían ser cristianizados. Era obligación de los colonos tomar medidas tendentes a convertir a la población nativa a la fe católica.

Según el *requerimiento*, un documento legal promulgado por la Corona que formaba parte de los contratos concedidos a los conquistadores en las Indias, los españoles tenían el derecho y el deber de exigir a los habitantes de La Florida que se sometieran a los reyes españoles. El documento detallaba lo que ocurriría si los indígenas de La Florida ofrecían resistencia: «[...] nosotros entraremos poderosamente contra vosotros, y os haremos guerra por todas las partes y maneras que pudiéramos, y os sujetaremos al yugo y obediencia de la Iglesia de sus Majestades» (de una versión del requerimiento transcrito por Pereña 1992).³ Una vez que se hubieran convertido en súbditos de la Corona, los nativos de La Florida debían seguir las normas de comportamiento españolas y católicas. La resistencia se castigaba con la muerte. En realidad, como los monarcas españoles y sus funcionarios estaban en un lado del Atlántico y La Florida en otro, los requisitos de los contratos reales y de los documentos relacionados frecuentemente cedían ante el contexto del conflicto cultural. Tanto los conquistadores como los empresarios buscaban colonizar y obtener rentabilidad.

También es probable que hayan ocurrido viajes de descubrimiento no autorizados, tanto como redadas ilegales de esclavos, ambos prohibidos por la Corona. Comprensiblemente, a diferencia de las operaciones legales, estas últimas no generaron documentación. De esta manera, la historia ha designado a Juan Ponce de León como el jefe del primer viaje de

³ Una traducción al inglés de una versión del requerimiento se encuentra en Chamberlain (1948: 24-25).

descubrimiento hacia La Florida (en 1513), aun cuando otros podrían haber realizado viajes clandestinos en fechas anteriores (Ilustración 6).

Juan Ponce de León, ex gobernador de San Juan —la colonia española en Puerto Rico—, actuaba al amparo del asiento que le fuera concedido en 1512.⁴ El contrato le señalaba que navegara hacia el norte, desde Puerto Rico, en búsqueda de una isla llamada Bimini, posiblemente ubicada más allá de las Bahamas. La flota de tres buques de Juan Ponce de León levó anclas en el puerto de San Juan en marzo de 1513, y siguió una ruta hacia el noroeste a través de las Bahamas antes de dirigirse al oeste; la expedición llegó a la costa atlántica de La Florida, probablemente un poco al norte del Cabo Cañaveral, en los confines septentrionales del territorio de los indios ais. Ponce reclamó para su soberano el territorio —que confundió con una isla—, al que denominó La Florida.

Antes de zarpar hacia el sur, los buques de Ponce exploraron la costa: cruzaron el cabo Cañaveral y llegaron a la zona de bahía Biscayne-Miami; y probablemente navegaron hasta la boca del río Miami, haciendo un alto en el pueblo principal de los indios tequesta. Desde Tequesta, la flota de Ponce navegó hacia el sur; dio la vuelta a los Cayos de Florida y siguió hacia el norte por la costa del golfo hasta la zona de Fort Myers, territorio de los indios calusa. Ahí permanecieron durante más de tres semanas, anclados sobre todo en Mound Key, en bahía del Estero, donde se ubicaba Calos, el pueblo capital de los calusa.

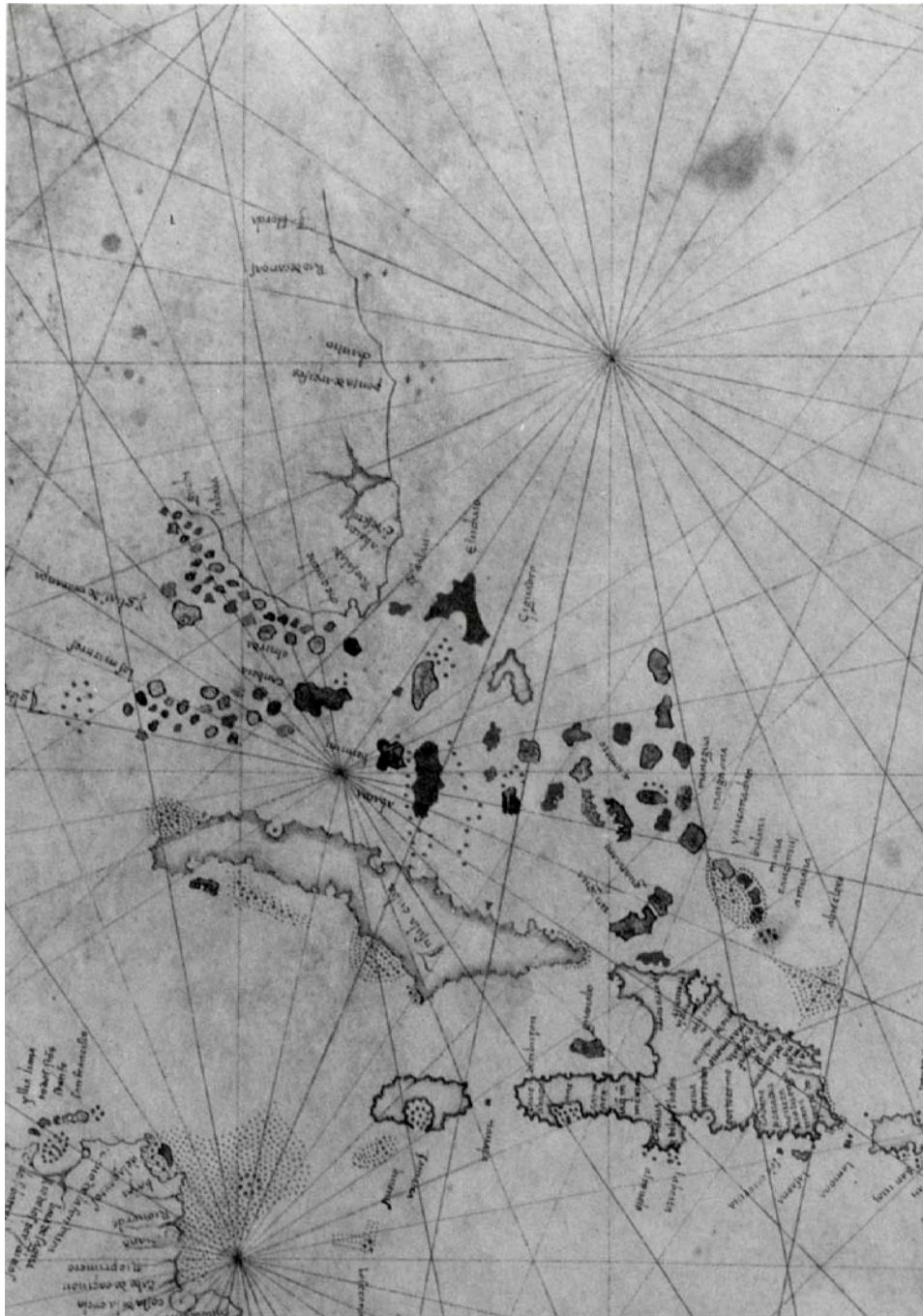
Los calusa y los españoles intentaron aprender unos de otros y comerciar. También tuvieron varias escaramuzas antes de que los buques de Ponce de León levaran anclas y retornaran a Puerto Rico. Los grupos ais, tequesta y calusa⁵ estuvieron en contacto con otros españoles a lo largo de los siglos XVI, XVII y parte del XVIII hasta que, como muchas otras sociedades nativas de La Florida, desaparecieron bajo el yugo del colonialismo.

Ocho años después, Juan Ponce de León regresó donde los indios calusa, esta vez dispuesto a colonizar la zona, pero ni él ni sus expedicionarios se esforzaron demasiado por amistarse con los nativos. Durante una batalla, los españoles sufrieron varias bajas y Ponce de León resultó herido por una flecha. Los dos barcos regresaron a Cuba, donde murió Juan Ponce de León a consecuencia de la herida.

Hacia 1521, año en que se realizó la segunda expedición de Ponce de León, otros marineros españoles habían comprobado que La Florida no era una isla sino una península unida a un gran cuerpo de tierra de dimensiones aún desconocidas. Se había trazado el mapa de toda la costa del golfo de México, desde Yucatán hasta los Cayos de Florida, y los marineros españoles habían navegado por la costa atlántica hasta la zona de las actuales Carolinas. Al mismo tiempo que se realizaba la segunda expedición de Ponce de León,

⁴ Los viajes de Ponce de León han sido estudiados por Davis (1935) y Weddle (1985: 38-53). Para observar un mapa que muestra su probable ruta alrededor de La Florida, véase el artículo de Gerald T. Milanich y Nara B. Milanich (1996).

⁵ Para obtener mayor información acerca de estos grupos indígenas, véanse los estudios de Milanich (1995: 38-56 y 65-68) y MacMahon y Marquardt (2004).



6. Una sección del mapa de Freducci que muestra la península de La Florida al norte de Cuba y La Española. El nombre del punto más distante en la costa atlántica de Florida es «i. Florida» (isla de Florida). Se cree que el mapa, trazado entre 1514 y 1515, muestra la porción de La Florida y sus cayos explorada en 1513 por Juan Ponce de León, quien creía que La Florida era una isla (véanse Milanich y Milanich 1996 y Baldacci 1993).

esclavistas españoles con bases en el Caribe anclaban en la bahía Winyah, al norte de la boca del río South Santee, en Carolina del Sur. Usando baratijas para atraer a los indígenas a sus barcos, capturaron a cinco docenas de ellos y los llevaron a Santo Domingo.

Las historias que contaron tanto los esclavistas como los indígenas cautivos, particularmente un niño que posteriormente fue llevado a España, generaron lo que el historiador Paul Hoffman ha denominado la leyenda de Chícora. Según esta, en algún lugar del interior de la actual Carolina del Sur existía un rico territorio nativo que, de ser encontrado, proporcionaría una gran riqueza a sus descubridores. A lo largo del siglo XVI, el mito de Chícora atrajo a colonos españoles, franceses e ingleses a la región del Atlántico central.⁶

El primer español que intentó fundar un pueblo en la región fue Lucas Vázquez de Ayllón, un juez de Santo Domingo. Él obtuvo una cédula real para explorar y colonizar la costa atlántica ubicada al norte de las regiones descubiertas por Juan Ponce en 1513, esencialmente al norte de la boca del río Saint Johns. En 1525 Vázquez de Ayllón mandó varias naves a hacer un reconocimiento de la costa. Antes de regresar a La Española, las naves exploraron la región hasta la península de Delmarva y la bahía de Chesapeake, por el norte, y la isla de Amelia, en La Florida nororiental, por el sur (véase Hoffman 1994a).

Vázquez de Ayllón preparó su expedición, por cuya cédula real debía establecer poblaciones y llevar la doctrina cristiana a los habitantes nativos. Seis naves y seiscientas personas, incluyendo a esclavos africanos, partieron de Puerto Plata, en la costa norte de La Española, a mediados de julio de 1526. A pesar de la información obtenida anteriormente, los barcos de Vázquez de Ayllón navegaron por la costa durante dos meses buscando el lugar apropiado para fundar la colonia; finalmente, Vázquez de Ayllón optó por el estrecho de Sapelo, cercano al confín meridional del territorio de los indios guale.⁷ A fines de septiembre de 1526, los españoles llamaron a su pequeña población San Miguel de Gualdape. Los traspies de la colonia empezaron casi de inmediato: sus habitantes fueron atacados por los indígenas y las provisiones escasearon. Apenas dos meses después de desembarcar, los colonos que aún permanecían con vida se retiraron de San Miguel y retornaron a La Española, probablemente abandonando a sus esclavos africanos.

A pesar del fracaso, la Corona española consideró conveniente establecer una presencia permanente en La Florida. Se diseñó un plan para extender la hegemonía española hacia el norte, desde los poblados de la costa del golfo de la Nueva España, pasando por La Florida, a la península de Florida y la costa atlántica. Para lograr el primer objetivo, Carlos V concedió una cédula a Pánfilo de Narváez, un conquistador que anteriormente había estado en Cuba y la Nueva España.

⁶ Paul E. Hoffman (1980, 1984, 1990) ha escrito mucho sobre los primeros viajes españoles a la costa Atlántica del sudeste.

⁷ Para tener mayor información sobre los guale, véanse los trabajos de Larson (1978), Milanich (1999: 41-44) y Worth (2004).

Después de sufrir algunos contratiempos en el Caribe en 1527, la desventurada expedición de Narváez finalmente zarpó de Cuba a comienzos de 1528, rumbo a la costa central del golfo de México.⁸ Pero los atrasos resultaron costosos: las provisiones escaseaban y los caballos de la expedición necesitaban pisar tierra. El jueves de Semana Santa de 1528, 15 años después de que Juan Ponce de León hubiera desembarcado en la costa oriental de La Florida, la flota de Narváez avistó tierra y luego ancló en la sección superior de la península de Pinellas, en la costa occidental de La Florida, al norte de la actual St. Petersburg, bastante lejos de su destino. Los expedicionarios establecieron un campamento en la costa; Narváez tomó posesión formal del territorio en nombre de su soberano, y se proclamó gobernador.

Mientras exploraban la región, los españoles acamparon en el lado occidental de la bahía de Tampa u Old Tampa Bay. Pero las cartas de navegación de los pilotos de Narváez aparentemente estaban equivocadas (Milanich 1995: 118-119). Así, estas cartas, al igual que otros mapas tempranos de la costa occidental de Florida y el «espejo» de Alonso de Chaves —una guía de navegación de aproximadamente 1530 (Castañeda, Cuesta y Hernández 1983)—, indicaban la presencia de tres grandes fondeaderos en la costa de la península, cuando en realidad había solo dos —Charlotte Harbor y la bahía de Tampa—; probablemente, este error se originaba en un mal cálculo de la latitud de uno o de ambos fondeaderos. Como resultado de esta confusión, Narváez creyó que existía un tercer fondeadero al norte del que había encontrado, envió buques en esa dirección y partió por tierra con su ejército, con la intención de encontrarse con los barcos en el inexistente lugar. Fue un error fatal, porque los barcos no lo encontraron y volvieron a Cuba.

Varios meses después otra nave retornó a la bahía de Tampa para buscar señales de Narváez. Desembarcaron cuatro hombres, pero fueron capturados por los indígenas. Sus compañeros de navegación, a quienes les resultó poco atractivo o imposible rescatarlos, llevaron anclas y partieron. Uno de los cuatro cautivos, Juan Ortiz, vivió entre los indios de la bahía de Tampa durante 11 años, hasta que los expedicionarios de De Soto lo rescataron.

En su marcha hacia el norte, el ejército de Narváez se mantuvo próximo a la costa, esperando encontrar el inexistente fondeadero. Eventualmente, los españoles entraban en el territorio de la etnia apalache, una sociedad de la cuenca del río Misisipi cuyos ancestros habían construido y ocupado el sitio de Lake Jackson, la capital de Misisipi —no lejos de la actual Tallahassee, Florida—, en la que existían siete plataformas de montículo, plazas y áreas para uso de la población. Narváez, sin embargo, jamás estaría cerca de aquel o de cualquier otro pueblo apalache. Sus guías indígenas llevaron a su ejército por los pantanosos bosques bajos, al sur del corazón del territorio apalache. En una oportunidad los españoles permanecieron tres semanas y media en un pequeño pueblo apalache, donde fueron atacados repetidamente por los nativos. Por último, los indígenas cautivos convencieron a

⁸ El artículo de Hoffman (1994b) es una excelente fuente sobre la expedición de Narváez; véase también el libro de Milanich (1995:115-125).

Narváez de que a ocho o nueve días de marcha había un pueblo costero en el cual los españoles podrían encontrar alimentos. El viaje de nueve días fue arduo; durante el trayecto, el ejército fue hostigado por arqueros nativos. Al llegar al pueblo —probablemente ubicado en el río St. Marks, próximo a la costa noroccidental de Florida—, los españoles encontraron pocos alimentos: antes de huir, los indígenas lo habían quemado.

Quedaba claro que cualquier intento de caminar por la baja y pantanosa costa para alcanzar la Nueva España sería muy difícil. En lugar de ello, el ejército, con muchos enfermos, marchó hacia la costa y construyó balsas en un intento de llegar a poblaciones españolas en la costa de México. El 22 de septiembre de 1528, los 250 españoles que aún se mantenían con vida flotaron hacia el golfo. Algunas balsas fueron arrastradas a aguas abiertas, otras resultaron varadas, y otras simplemente desaparecieron. Ninguna llegó a México. Los sobrevivientes quedaron dispersos en la costa del golfo, donde algunos optaron por residir en los pueblos indígenas.

Cinco años después, cuatro de los sobrevivientes vivían entre los indígenas de la costa de Texas: Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Alonso de Castillo Maldonado, Andrés Dorantes de Carranza y Esteban, el esclavo marroquí de Dorantes. Al siguiente año escaparon juntos, y caminaron hacia México. Después de una odisea de dos años, los cuatro fueron encontrados en el norte de México por esclavistas españoles. Cabeza de Vaca escribió más tarde la famosa relación de sus aventuras y dio a conocer el destino de Narváez y sus hombres.⁹

Dos décadas después del viaje de Juan Ponce de León a La Florida, la Corona española había obtenido pocos resultados de los esfuerzos de sus conquistadores. Las descripciones de la población de La Florida escritas por los sobrevivientes de aquellas tempranas expediciones eran, en el mejor de los casos, demasiado vagas. La misma crónica de Cabeza de Vaca contiene poca información acerca de los indígenas que conoció y con quienes vivió. Sin embargo, todo ello cambió pocos años después, cuando la expedición española más grande que se hubiera organizado hasta ese entonces marchó al corazón de La Florida, brindando suficientes detalles acerca de las sociedades indígenas como para estimular el surgimiento de una moderna industria artesanal de académicos que estudian La Florida del siglo XVI.

La entrada de Hernando de Soto, 1539-1543

En Sevilla, en 1537, Hernando de Soto planificaba su propia expedición a La Florida. De Soto era un conquistador experimentado; había obtenido tanto riqueza como reputación en campañas en la América Central y, bajo el mando de los hermanos Pizarro, durante el saqueo del imperio inca. La cédula real de 1537 concedida a De Soto reemplazaba las de Vázquez de Ayllón y Narváez, y estipulaba que había de explorar, conquistar y poblar La

⁹ Existen varias traducciones al inglés de la crónica de Cabeza de Vaca: las de Bandelier (1922), Covey (1983), Adorno y Pautz (1999).

Florida, lo cual comprendía la construcción de fuertes y poblaciones. De Soto también sería responsable del buen trato a los indígenas y estaría a cargo de su conversión al catolicismo. Se le concedieron los títulos de adelantado de La Florida y gobernador de Cuba. La bien organizada y apertrechada expedición de De Soto, que contaba con más de setecientos miembros, sería tanto una operación militar como una iniciativa colonizadora. Los expedicionarios llevarían consigo todas las armas, herramientas, materiales y el equipo necesario para cumplir sus metas.¹⁰

La expedición partió de España en abril de 1538 hacia Cuba. Allí, De Soto asumió el cargo de gobernador e hizo los últimos preparativos para el viaje a La Florida. Se enviaron naves a reconocer un punto de desembarco. En la costa occidental de la península, la bahía de Tampa —conocida como Bahía Honda por los pilotos españoles— fue el lugar seleccionado. El 18 de mayo de 1539, De Soto zarpó con dirección a dicha bahía llevando una flota de cinco barcos grandes y cuatro pequeños. En La Habana dejó a su esposa, Isabel de Bobadilla, como gobernadora de Cuba durante su ausencia. Una semana después las naves anclaron en la boca de la bahía de Tampa. Durante los siguientes días entraron al fondeadero y empezaron a descargar. Se estableció un campamento sobre el río Little Manatee, en un pueblo indígena cuyo jefe se llamaba Uzita. Uno de los miembros de la expedición, un caballero portugués conocido solamente como el hidalgo de Elvas, redactó una crónica de esta expedición y describió el pueblo indígena de la siguiente manera:

O povo era sete ou oito casas; a casa do senhor estava junto á praia em un outeiro muito alto, feito á mão por fortaleza. Á outro parte de povo estava a mesquita e em cima dela uma ave de pau com os olhos dourados.

[El pueblo estaba compuesto por siete u ocho casas. La casa del jefe se ubicaba próxima a la playa sobre un cerro muy alto que había sido construido a mano como fortaleza. Al otro lado del pueblo estaba la mesquita, encima de la cual había un ave de madera con ojos dorados] (en Vidal 1940: 26).¹¹

¹⁰ Durante los últimos 150 años se han publicado varias traducciones al inglés de las crónicas de primera mano escritas por tres miembros de la expedición de De Soto; tenemos, por ejemplo, Bourne 1904a (reimpreso en 1922) y Robertson 1933. Durante la década de 1990, nuevas investigaciones tuvieron como resultado nuevas traducciones de varias de las crónicas y nuevas interpretaciones de la ruta de la expedición; entre ellos mencionamos las de Clayton, Knight y Moore (1993); Ewen y Hann (1998); Hudson (1997); Milanich y Hudson (1993), y Young y Hoffman (1999).

¹¹ Se puede encontrar un facsímil de la crónica del hidalgo de Elvas (originalmente publicada en 1557) en los libros de Robertson (1932), y Vidal (1940). Este también incluye una transcripción de la crónica en portugués moderno, que es la versión que cito. Este mismo pasaje de la crónica de 1557, sin desarrollar las abreviaturas, aparece como: «ho pouo era ô sete ou oyto casas: a casa do señor estaua jûta a praya e hû outeiro muito alto feito a mão por fortaleza. A outra parte do pouo estaua a mesquita e encima della hûa aue de pao com os olhos dourados»; (véase Robertson 1932: xx [r.]).

Los uzita y los mocoço —los segundos habitaban hacia el norte de los uzita, en el lado oriental de la bahía de Tampa— no cultivaban maíz; subsistían básicamente de la pesca, la cacería y la recolección tanto de mariscos como de otros animales y plantas silvestres.¹² Como consecuencia, tenían pocos alimentos para compartir con los españoles. Probablemente, De Soto estaba al tanto de ello gracias a la información proporcionada por sus buques de reconocimiento o por anteriores viajes españoles a la costa. Por eso llevaba suficientes provisiones para alimentar a su ejército durante 18 meses. Sus naves también portaban perros de guerra, 220 caballos y un rebaño de chanchos, considerados como alimento vivo. Asimismo, dos mujeres siguieron a la expedición por tierra. Otras habían viajado con la expedición desde Cuba, pero la mayoría optó por regresar a la isla en alguno de los barcos.

De Soto procedió a reconocer el lado oriental de la bahía de Tampa, aprendiendo lo que podía de los indígenas uzita y mocoço, y planificando sus siguientes pasos. Casi inmediatamente, sus hombres encontraron a Juan de Ortiz, el español abandonado por sus camaradas 11 años antes, mientras buscaba a Narváez. Ortiz resultaría un valioso intérprete para comunicarse con los indígenas. El adelantado también envió a algunos de sus hombres al este, hacia La Florida central, para obtener información acerca de los habitantes de aquella región, cuyo jefe era descrito por los indígenas de la bahía de Tampa como una persona muy poderosa. Sobre la base de su nombre, Urriparacoxi, ‘jefe de guerra’ en la lengua timucua, se puede deducir que probablemente era el líder de un grupo timucua.

Después de unas seis semanas, convencido de que podría encontrar alimentos suficientes entre los pueblos indígenas de La Florida septentrional, De Soto partió de Uzita a través del territorio de los mocoço, hacia el pueblo llamado Cale (o Etacale), ubicado a unos diez días de viaje hacia el norte. Los indígenas de la bahía de Tampa le habían hecho creer que Cale era un pueblo rico, con alimentos suficientes para mantener al ejército durante el invierno. En efecto, De Soto estaba preocupado por la posibilidad de enfrentarse con un duro invierno sin las provisiones adecuadas. En caso de no poder alimentar a su ejército sobre la marcha o no poder ubicar un buen campamento para pasar el invierno, De Soto tenía un plan de contingencia: había dejado la mayor parte de sus barcos, alrededor de cien hombres y provisiones en su campamento en el pueblo de Uzita. De fracasar en su intento, regresaría y, desde ese punto, navegaría hacia Cuba.

Marchaban hacia el norte con De Soto alrededor de quinientos hombres —tanto infantería como caballería—, las dos mujeres y varios centenares de portadores reclutados de entre los indígenas de la bahía de Tampa. Sobre la marcha, De Soto y sus hombres tomarían portadores, mujeres y alimentos de los pueblos indígenas, en algunas ocasiones por la fuerza

¹² La vida de los indígenas que habitaban alrededor de la bahía de Tampa antes y durante la expedición de De Soto ha sido descrita por Milanich (1994: 394-400) y Milanich y Hudson (1993: 121-127).

y en otras pagándoles a los jefes con bienes de intercambio, tales como cuentas de vidrio y herramientas de hierro. Partiendo de la bahía de Tampa, el ejército español se dirigió al norte, a la zona del lago Tsala-Apopka en la Florida occidental-central; allí se reunió con una partida de reconocimiento que fue enviada anteriormente a la Florida central para buscar el pueblo del jefe Urriparacoxi. Como estos hombres no habían encontrado ni riquezas ni alimentos en la Florida central, De Soto prosiguió hacia Cale, a varios días de distancia. La llegada a este pueblo de los indígenas timucuanos constituyó una gran decepción.¹³ Un miembro de la expedición escribiría «hera pueblo pequeño, allamos alguna comida de maíz, e crisoles, i perrillos, que no fue poco refrigerio para la gente, que iba muerta de ambre» (Luis Hernández de Biedma, en Smith 1857: 48). Para alimentar a su ejército, De Soto tuvo que recorrer la campiña. Era evidente que no podía pasar el invierno en Cale. Obligado a decidir entre avanzar o retroceder, De Soto tomó a cincuenta hombres de caballería y a sesenta de infantería. Marchó hacia el norte para decidir si el ejército podría alcanzar Apalache, una provincia indígena en La Florida noroccidental que, según los nativos, era rica en maíz. Los demás expedicionarios se quedaron en Cale a valerse por sí mismos (Ilustraciones 7 y 8).

Desde Cale, la partida de avanzada entró al territorio de los indígenas potano, un grupo hablante de timucua en cuyos poblados los españoles encontraron maíz. Continuaron hacia Aguacaleyquen, otro pueblo timucua. La población nativa era mucho más densa que alrededor de la bahía de Tampa, y De Soto pronto se percató de que él y sus 110 hombres eran largamente superados en número, así que envió hombres a caballo de vuelta a Cale para ordenarles a quienes ahí quedaron que avanzaran hacia Aguacaleyquen. Con su ejército reforzado, De Soto continuó hacia el norte, y después al oeste, cruzando La Florida septentrional hasta llegar a la tierra de los apalache. Ahí encontró una población Misisipi de agricultores en la que había comida suficiente para alimentar a su ejército. Los españoles establecieron su campamento de invierno en el pueblo de Anhaica, la capital apalache.¹⁴ Todo esto ocurrió a comienzos de octubre de 1539 (Ilustraciones 9 y 10).

Listo para el invierno, De Soto envió una pequeña partida de su caballería de vuelta a la bahía de Tampa y ordenó a los que ahí habían quedado que se reunieran con él en Anhaica. Parte de ellos se embarcó junto con las provisiones y navegaron a la costa de la bahía de Apalache, al sur de Anhaica, donde descargaron. La otra parte de la reserva siguió la ruta de De Soto a partir del campamento de Uzita, marchando por tierra hasta Anhaica.

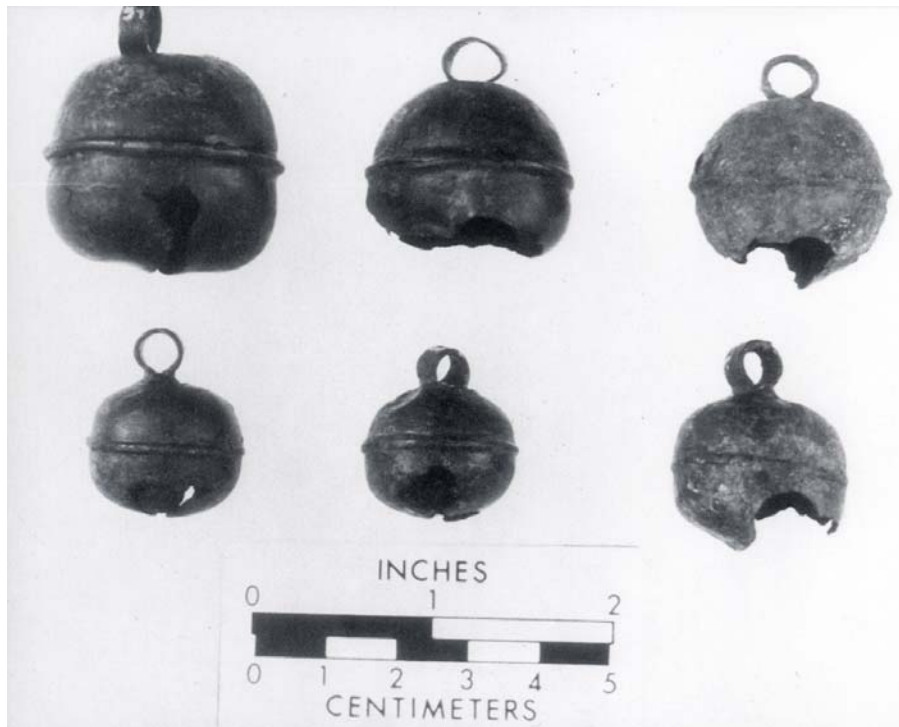
A comienzos de marzo de 1540, De Soto deshizo el campamento y se dirigió al norte. Salió de territorio apalache y entró a Georgia y al corazón de las sociedades de la cuenca del Misisipi, o sea, al interior de La Florida. En Toa, en la Georgia sudoccidental, al sur de la Fall Line, el hidalgo de Elvas observó:

¹³ Para información sobre los cale y otros grupos timucuanos, véase el estudio de Milanich (1996).

¹⁴ Ewen y Hann (1998) hacen un recuento de la expedición al territorio apalache y describen el descubrimiento y la excavación del sitio arqueológico Governor Martin, el cual se cree que fue Anhaica.



7 y 8. Pinturas del siglo XVI, de John White, que representan a una pareja de la etnia timucua.
Cortesía de la Junta de Síndicos del Museo Británico, Londres.



9. Campanitas que los hombres de De Soto y otros expedicionarios les daban a los indígenas del sudeste con el propósito de realizar trueques. Todas, excepto la de la esquina inferior derecha —que corresponde al sur de La Florida—, pertenecen al cementerio de St. Marks, en el actual estado de Florida; la más grande es de 3,8 centímetros de alto. Cortesía del Museo de Historia Natural de la Florida, Gainesville.



10. Cuentas de cristal llamadas «margaritas» que los expedicionarios de De Soto entregaban a los nativos de la zona como intercambio. Las cuentas son de 6,4 milímetros de diámetro. Cortesía del Museo de Historia Natural de la Florida, Gainesville.

e dali por diante se viu deferença nas casas, porque as de atraz eram cobertas de feno e as de Toalli eram cobertas de caniços á maneira de telhados; são estas casas mui limpas; algunas tinham as paredes embarradas, que pareciam de taipa; em toda a terra fria tem os índios cada um sua casa pera pessar o inverno, embarrada de dentro e de fóra e a porta muito pequena; tapam-na á noite e fazem-lhe fogo dentro, de maneira que se aguenta como um forno e assim está todo a noite, que não ha mister roupa; e sem estas tem outras para de veraõ e cozinhas junto delas onde fazem fogo e cosen seu paõ e tem barbacoas en que têm seu maiz, que é uma casa armada no ar, sôbre quatro esteios, madeirada comosobrado e o solo de caniços. A deferença que as casas dos senhores, ou principais, das otras têm além de ser maiores, é que têm grandes balcões diante, e por baixo assentos de caniços á maneira d'escanhos, e ao redor muitas e grandes barbacoas em que recolhem o que seus índios lhe dão de tributo, que é maiz e coiros de veado e mantas de terra

[de ahí en adelante, se veía una diferencia en las casas, porque las que dejábamos atrás estaban cubiertas por paja, y aquellas de los Toalli (toa) estaban cubiertas por cañas a manera de tejados. Esas casas son muy limpias y algunas tienen las paredes embarradas y parecían hechas de barro. En toda la tierra fría cada indio tiene su casa para pasar el invierno embarrada por dentro y fuera y una puerta muy pequeña. Esta es cerrada de noche y hacen una fogata adentro, de manera que se calienta como horno, y así queda durante toda la noche de manera que la ropa no es necesaria. Al costado de esas casas tienen otras para el verano y cocinas junto a ellas en las que hacen sus fuegos y hornean su pan. Tienen barbacoas en las que guardan su maíz. Esta es una casa sobre cuatro postes, maderada como altillo y con el suelo de cañas. La diferencia entre las casas de los señores o principales frente a las de los otros es que además de ser más grandes tienen grandes balcones por delante y por debajo tienen asientos de caña a manera de escaños; y alrededor muchas grandes barbacoas en las que reúnen el tributo que les pagan sus indios, el cual consiste de maíz y pieles de venado y mantas de la tierra] (en Vidal 1940: 49; la palabra entre paréntesis en la traducción es mía).¹⁵

Las casas de Toa descritas por el hidalgo de Elvas probablemente estaban hechas de adobe y caña (véase Clayton, Knight y Moore 1993, 1: 75). Otras descripciones en los relatos sobre la expedición de De Soto dejan claro que las «mantas» estaban tejidas de fibras vegetales y otros materiales, y frecuentemente eran usadas como mantones.

El ejército continuó hacia el noreste cruzando Georgia, pasando Ichisi, un cacicazgo de Misisipi cuyo pueblo principal quedaba próximo a la ciudad de Macon, en el actual estado de Georgia; de ahí pasaron por Ocute, otra provincia nativa en la cuenca del río Oconne, y entraron a Hymahi, en la confluencia de los ríos Congaree y Wateree, por debajo de la moderna Columbia, Carolina del Sur. Presumiblemente, De Soto estaba en busca de Chícora, persiguiendo la vieja leyenda. En la primavera de 1540, el ejército alcanzó Cofitachequi o Cofitachiqui, en las cercanías de Camden, Carolina del Sur, el pueblo principal de otra provincia del Misisipi. Seguramente, De Soto creyó que había encontrado la tierra de Chícora:

¹⁵ Hay un error en la trascripción moderna de Vidal que se corrige aquí (se elidieron palabras). Un facsímil del pasaje de 1557 puede consultarse en la edición de Robertson (1932: XLIII [r-v]).

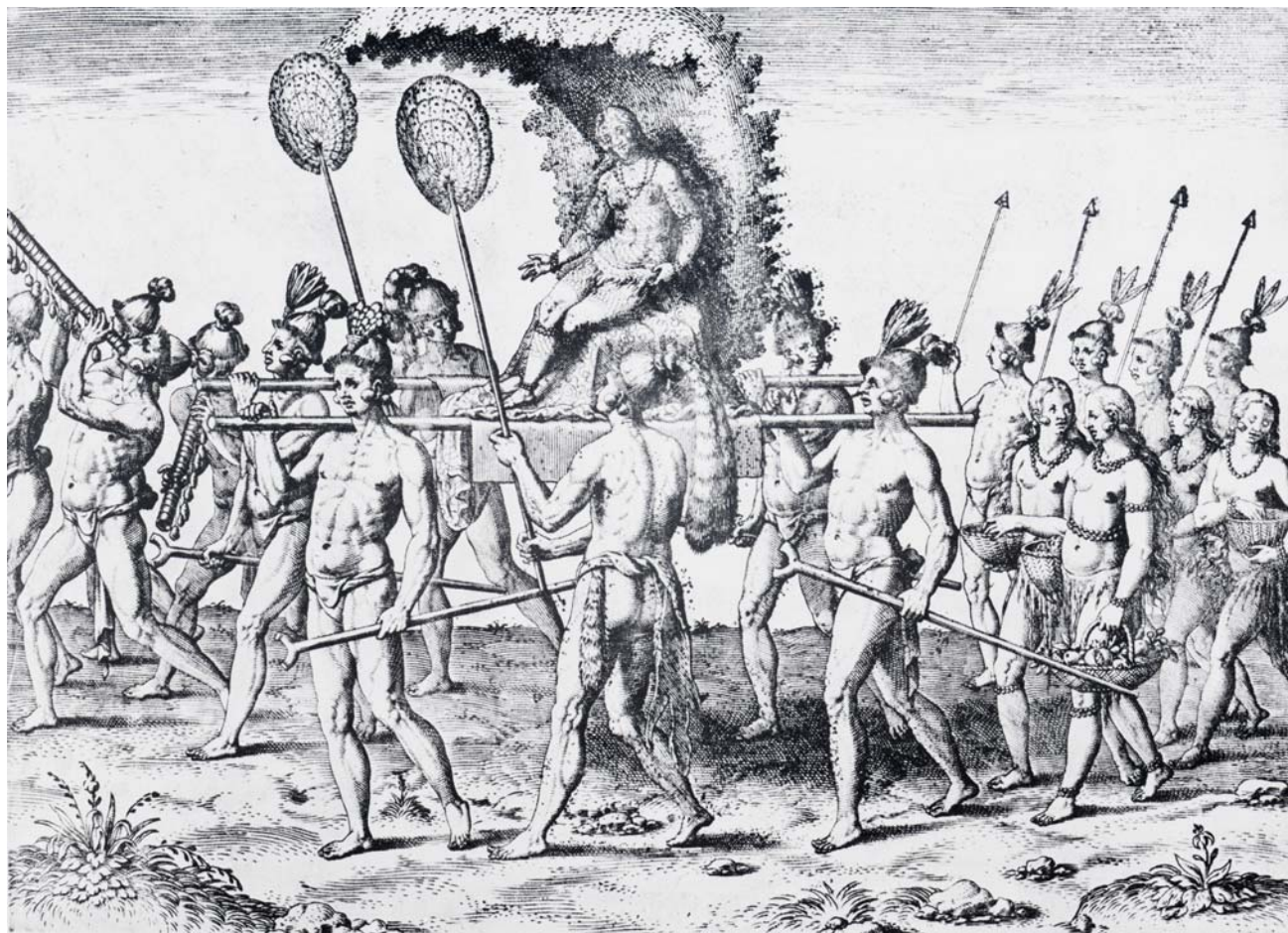
vinieron principales indios con dones, é vino la caçica señora de aquella tierra, la qual truxeron principales con mucha auctoridad en unas andas cubiertas de blanco (de lienço delgado) [...]. Era moça y de buen gesto, é quitóse una sarta de perlas que traia al cuello é echóse la al gobernador por collar ó manera de se congraçiar é ganarle la voluntad [...]. Todos los indios andaban cubiertos hasta en piés con muy gentiles cueros muy bien adobadas, y mantas de la tierra, y mantas de martas çebellinas, y mantas de gatos de clavo, olorosas. (Rangel en Oviedo y Valdés [1851, 1: 560-561]. El testimonio de Rangel está incluido en Oviedo y Valdés [1851, 1: 544-577]); (Ilustración 11).

Desde Cofitachequi, De Soto y su ejército se dirigieron al norte, a Xuala, próximo a la actual Marion, Carolina del Norte. Posteriormente fueron al oeste, entraron a las montañas Blue Ridge a través del paso de Swannanoa y continuaron su marcha por el río del mismo nombre hasta llegar a las cercanías de la actual ciudad de Asheville, Carolina del Norte. Siguieron entonces un camino por el río French Broad, que los llevó al valle del río Tennessee y a Chiaha, una zona nativa en el extremo occidental de Coosa, un cacicazgo misisipi cuyo jefe controlaba la región desde el Tennessee oriental hasta la Alabama nororiental. Coosa medía más de doscientas millas de largo e incluía a numerosos grupos y pueblos.¹⁶ Los españoles marcharon por toda Coosa desde julio hasta septiembre de 1540, y quedaron impresionados por lo que vieron:

Este es un gran caçique é de mucha tierra, y una de las mejores y mas abundosa que hallaron en la Florida; é salió el caçique á resçebir al gobernador en unas andas, cubiertas de mantas blancas de la tierra, las quales andas traian en los hombros de sesenta ó septenta principales suyos, y no otro indio de los plebeos ó comunes, y aquellos que lo traian se remudaban de quando en quando, con grandes çerimonias á su modo...fueron á un pueblo viejo que tenia dos çercas y buenas torres, y son desta manera aquellos muros. Hincan muchos palos gordos altos y derechos juntos unos con otros: estos téxenlos con unas varas largas, y embárranlos por de dentro y por defuera, é haçen sus saeteras á trechos, y haçen sus torres y cubos repartidos por el lienço y partes del muro que le convienen; y apertados dellos, paresçen á la vista una çerca ó muralla muy gentil, y son bien fuertes tales çercas. (Rangel en Oviedo y Valdés 1851, 1: 564-565)

Los muros dobles, las torres y otras fortificaciones formaban parte de una empalizada que rodeaba el pueblo. Hacia el sur del pueblo capital de Coosa, el ejército primero llegó a Itaba —que definitivamente es el sitio arqueológico de Etowah, en la actualidad un parque estatal de Georgia, al noroeste de Atlanta— para después pasar por Ulibahali, cerca de Rome, Georgia y Talisi, por la actual Childersburg, Alabama, en el límite sudoccidental de Coosa. En Alabama, el ejército cruzó el río Tallapoosa y llegó al cacicazgo de Tuscaluza. Los españoles se reunieron con el jefe tuscaluza en octubre de 1540, alrededor de un año después de que De Soto llegara a Apalache, es decir, después de un año de estar viviendo y viajando entre las magníficas sociedades de la cuenca del Misisipi:

¹⁶ Para información adicional sobre Coosa, véase el libro de Marvin T. Smith (2000).



11. Indígenas timucuanos transportan en una litera a la mujer de su rey. En las diferentes relaciones sobre la expedición de De Soto hay varias referencias al empleo de literas por parte de los nativos del sudeste de La Florida. Jacques Le Moyne. *Brevis narratio eorum quæ in Florida Americæ Provincia*. Fráncfort: Theodore de Bry, 1591.

O cacique estava en seus aposentos, debaixo de hum balcão e fóra defronte de suas pousadas, em um alto, lhe puseram uma esteira e en cima dous coxins um sôbre outre, onde se veiu assentar, e seus índios se puseram ao redor dele algum tanto desviados, de maneira que faziam terreiro e campo despejado onde êle estava, e seus índios mais principais mais perto dêle, e um com um como abano de coiro de veado, que lhe tirava o sol, redonde do tamanho de uma rodela quarteado de preto e branco, feita no meio uma aspa. De longe parecia de tafetá, por serem as cores mui perfeitas. Estava pôsto em uma haste pequena, mui estirado; esta era a devisea que êle trazia en suas guerras. Era homem muito alto de corpo, membrudo e enxuto e bem diposto e era mui temido de seu comarcãos e vassalos; senhoreava muitas terras e muita gente; en seu aspecto era mui grave.

[El cacique estaba en sus aposentos, debajo de un balcón, y afuera, frente a sus aposentos, en un alto, estaba dispuesta una estera para él, con dos cojines, uno encima del otro, en donde se sentaba. Sus indios se reunían a su alrededor, algo separados, de manera que formaban un patio y espacio abierto donde estaba, y sus indios principales estando más cerca de él, y uno sosteniendo un abanico de piel de venado que le evitaba el sol, de forma redonda y del tamaño de un escudo, cuarteado de negro y blanco, con una aspa en el medio. A la distancia parecía tafetán, ya que los colores eran perfectos. Estaba colocado en una pequeña y muy larga asta. Este era el artefacto que portaba en sus guerras. Era un hombre muy alto de cuerpo, membrudo, enjuto y bien dispuesto. Era muy temido por sus vecinos y vasallos. Era el señor de muchas tierras y mucha gente. En su aspecto era muy grave.] (Hidalgo de Elvas en Vidal 1940: 74)¹⁷

Lo más probable era que el jefe viviera en un complejo al costado de la plaza, que incluía casas de verano e invierno. El aspa en el estandarte posiblemente era una cruz de San Andrés (véanse las notas de Worth en Clayton, Knight y Moore [1993, 1: 95-96]). El jefe tuscaluza, un líder imponente, también era astuto en el terreno militar. Atrajo a parte del ejército de De Soto al pueblo amurallado de Mabila, en cuyas casas se habían ocultado guerreros. Se sucedió una descomunal y sangrienta batalla en la que los españoles casi resultaron derrotados. Al final, las tácticas militares europeas y la caballería de guerra resultaron decisivas.

Partiendo de Mabila, enfilaron hacia el noroeste, a Apafalaya, en el río Black Warrior, en Alabama, y hacia el Misisipi, donde los españoles pasaron el invierno de 1540-1541 entre los indios chicaza (chickasaw). En la primavera de 1541, De Soto dirigió a sus hombres al noroeste, cruzando el Misisipi, hacia el cacicazgo de Quizquiz, al sur de Memphis y próximo al mismo río Misisipi. Para cruzar el gran Misisipi los españoles construyeron cuatro grandes barcas de fondo plano. Su cruce no pasó desapercibido y los expedicionarios no fueron bien recibidos:

o outro dia veiu o Cacique con duzentas almadias cheias de índios com seus arcs e flechas amagradados e com grandes penachos de penas brancas e de cores, e muitos por uma e outra banda com paveses nas mãos com que arrodelavam aos remeiros, e os de guerra em pé, de popa

¹⁷ Robertson (1932: LXXIII [r-v]) reproduce un facsímil de la versión de 1557.

á proa, com seus arcos e flechas na mão. A almadia em que vinha o Cacique trazia a popa toldada, e êle ia assentado debaixo do toldo; e assim inham outras com outros índios principais. E dali onde o principal vinha debaixo do toldo, governava e mandava a outra gente.

[al día siguiente, vino el cacique con doscientas almadías llenas de indios con sus arcos y flechas, almagrados y con grandes penachos de plumas blancas y de colores y muchos por una y otra banda y portando escudos en las manos, con los que cubrían a los remeros, mientras los de guerra iban de pie de proa a popa con sus arcos y flechas en las manos. La almadía en la que venía el cacique tenía una toldilla en la popa y él estaba sentado debajo del toldo, y así iban otras con otros indios principales. Y de ahí donde el principal venía debajo del toldo, gobernaba y mandaba a otra gente.] (Hidalgo de Elvas en Vidal 1940: 93-94)¹⁸

Y, según Rodrigo Rangel:

De la otro vanda del rio se juntaron hasta siete mill indios para defender el passo, y con hasta dosçientas canoas, todas con escudos, que son hechos de cañas juntas, tales y tan texidas con tal hilo que apenas los passa una ballesta. Venian lloviendo flechas y el ayre lleno dellas, y con tal grita que pareçie cosa de mucho temor. (Rangel en Oviedo y Valdés 1851, 1: 573)

En mayo de 1541, dos años después del desembarco en la bahía de Tampa, el ejército se encontraba en la banda de Arkansas del río Misisipi, en las proximidades de la provincia nativa de Pacaha, la cual exploraron. Durante el siguiente año viajaron extensamente por Arkansas, zigzagueando de un pueblo de la cuenca del Misisipi a otro a medida que se dirigían al norte, después al oeste y finalmente al sudeste buscando riquezas. El tortuoso camino los llevó a Casqui, probablemente el sitio arqueológico Parkin, que en la actualidad es un parque estatal de Arkansas donde los arqueólogos han encontrado la base de lo que podría ser una cruz de madera erigida por los hombres de De Soto en lo alto de un montículo, así como otros objetos al parecer relacionados con la expedición (Mitchem 1996). De ahí, el ejército viajó a Coliqua, Tanico, Tula, Qitamaya y Autiamqueh, un pueblo en la banda sur del río Arkansas, entre las actuales Little Rock y Pine Bluff. Allí los españoles pasaron el invierno de 1541-1542. En la primavera nuevamente se pusieron en marcha en dirección sudeste, hacia el río Misisipi; llegaron en mayo al pueblo de Guacoya, ubicado sobre el río.

Durante su permanencia en Guacoya, Hernando de Soto enfermó y murió, y su cuerpo fue «enterrado» en el río. Luis de Moscoso asumió el mando de la expedición y dirigió al ejército en una marcha al sudoeste a través de Arkansas y hacia Texas, con el propósito de llegar a la Nueva España. Pero habían dejado atrás la tierra de las poblaciones de la cuenca del Misisipi y sus depósitos de alimentos. La comida y el agua escasearon y se hizo evidente que la expedición no alcanzaría su objetivo. El ejército dio marcha atrás y regresó a las proximidades del río Misisipi. Pasaron el invierno de 1542-1543 en el pueblo de Aminora,

¹⁸ Nuevamente, la cita de 1557 se encuentra en la edición de Robertson (1932: XCIII [r-v]).

ubicado probablemente en la intersección de los ríos White y Arkansas. Ahí construyeron seis botes en los que bajaron por el río Misisipi para, tres semanas después, alcanzar el golfo de México. Luego de dos meses y medio, los 311 sobrevivientes llegaron a una población española en el río Pánuco, en las cercanías de la actual Tampico, México. Así finalizó lo que había sido un viaje increíble de más de cuatro años. No resulta sorprendente que, más de medio siglo después, Garcilaso de la Vega escogiera escribir acerca de la expedición de De Soto a La Florida.

Europeos en La Florida, 1559-1605

A pesar de que Ponce de León, Vázquez de Ayllón, Narváez y De Soto fracasaron en sus intentos por poblar La Florida, la Corona española no podía ignorar la región. Otras monarquías europeas también tenían ambiciones sobre la zona. A fines de la década de 1550 surgió otro plan de colonización española, patrocinado por el virrey de México y liderado por Tristán de Luna y Arellano. Así, 1.500 personas partieron de la costa mexicana del golfo en junio de 1559, hacia Ochuse, un pueblo indígena en la bahía de Pensacola, en el noroeste de la Florida. En los 13 buques viajaban artesanos, soldados —algunos de los cuales habían participado en la expedición de De Soto—, colonos, sacerdotes y auxiliares indígenas mexicanos.¹⁹

España no solamente deseaba poblar y establecer una villa en la costa occidental de La Florida; la Corona también buscaba una ruta terrestre desde Santa Elena, en la costa de Carolina del Sur (conocida desde los viajes de Vázquez de Ayllón) hasta el norte de México, a través de la cual se pudieran transportar bienes, incluyendo plata de México. En la costa atlántica se podrían cargar estos productos en buques que se dirigirían a España, de manera que se evitaban las rutas marinas alrededor de la Florida peninsular, tan peligrosas para las naves. La ruta también atravesaría Coosa, la rica provincia nativa a través de la cual De Soto y su ejército habían marchado en 1540, y bordearía Ochuse, en el itinerario hacia México.

Pero la expedición de Luna también fracasaría: un huracán destruyó la mayor parte de sus barcos y provisiones, antes de que las hubieran descargado.²⁰ En la costa, los colonos no sobrevivieron; algunos se vieron obligados a penetrar en el interior buscando comida, y viajaron hacia el norte en Alabama, dirigiéndose a uno de los pueblos gobernados por el cacique Tuscaluza, que De Soto había visitado dos décadas antes; otros viajaron hasta el río Tennessee, en la provincia de Coosa, pero ninguno de los dos grupos encontró los alimentos que buscaban. Finalmente, en abril de 1561, se abandonó la colonia.

¹⁹ Véase Hudson *et al.* (1989) para una visión de conjunto de la expedición, y el libro editado por Priestley (1928) para traducciones al inglés de los documentos pertinentes.

²⁰ Uno de los buques de Luna hundidos en las aguas de Pensacola ha sido ubicado y se ha realizado la respectiva excavación (Smith *et al.* 1995 y Smith *et al.* 1998).

Menos de un año después, a comienzos de 1562, los franceses enviaron una expedición a La Florida. Jean Ribault y 150 personas desembarcaron en la costa atlántica de La Florida nororiental, antes de viajar hacia el norte a la zona conocida como Santa Elena, en donde se estableció una población fortificada bautizada como Charlesfort.²¹ Ribault dejó a treinta soldados en el fuerte y retornó a Francia con el resto de su fuerza. A los franceses de Charlesfort no les fue mejor que a los españoles de San Miguel de Gualdape en 1526. Al igual que estos últimos, los franceses no pudieron obtener alimentos y sus relaciones con los indígenas —quienes podrían haberlos ayudado— fueron de mal en peor. Los colonos galos abandonaron el pueblo y partieron hacia Europa (Ilustración 12).

Una segunda expedición francesa ya estaba en camino. En abril de 1564, René de Laudonnière, quien había sido el segundo al mando en el viaje a Port Royal en 1562, junto con trescientos soldados y colonos zarpó en tres barcos hacia La Florida. A fines de julio fundaron Fort Caroline, población ubicada en la margen meridional del río San Juan o St. Johns en la Florida nororiental, probablemente justo al oeste del pueblo del cacique timucvano Saturiba.

Durante el siguiente año los franceses, que sufrían de escasez de comida, se vieron obligados a comerciar con los indios saturiba y otros grupos timucvanos para obtener alimentos. Los indígenas ofrecían maíz, frijoles, venados, bellotas y pavos a cambio de espejos, hachas y cuchillos metálicos, cuentas de vidrio y peines. Cuando los hambrientos franceses se quedaron sin estos artículos, trocaron su ropa por comida; los indígenas sabían conseguir lo que querían. Llegó un momento en que los franceses subieron por el río San Juan (hacia el sur) para intentar ubicar pueblos indígenas que tuvieran campos de maíz. Incluso, en un fracasado intento por extorsionar a los indígenas para obtener maíz, raptaron a un jefe, Outina, quien vivía muy al sur de los saturiba. Posteriormente, este cacique obtuvo la ayuda de los franceses y sus armas de fuego para atacar a los indios potanos, sus enemigos del oeste, en la Florida norcentral. Mientras los franceses vieron a los indígenas de la Florida como fuente de apoyo para su colonia, los jefes Outina y Saturiba y su gente, a la vez, rápidamente se aprovecharon de ellos para lograr sus propias metas económicas y militares.

Por último, una expedición de auxilio que había partido de Francia al mando de Jean Ribault llegó a Fort Caroline y llenó de esperanza a los colonos. Pero siguiendo a Ribault iba una flota de buques comandada por el marino español Pedro Menéndez de Avilés, quien había sido enviado por Felipe II con órdenes de eliminar a la colonia francesa y fundar una española. Ayudado por un huracán que destruyó parte de la flota francesa de auxilio, Menéndez batió a los galos rápidamente y mató a los naufragos, tomó Fort Caroline y fundó su

²¹ Traducciones al inglés de las crónicas francesas que narran los viajes hacia Charlesfort y Fort Caroline y los eventos posteriores se encuentran en los libros de Bennett (2000), Lawson y Faupel (1992), Laudonnière (2000) y Ribault ([1563] 1964). Para una visión de conjunto y descripciones de cómo interactuaron los franceses y los indios de los alrededores de Fort Caroline, puede consultarse el artículo de Milanich (1995: 143-155).



12. Athore, un cacique timucvano, y René de Laudonnière, el capitán francés, a la derecha de una columna que Jean Ribault mandó erigir en 1562, cerca de la desembocadura del río San Juan. Ribault reclamó esas tierras para la Corona francesa. Jacques Le Moyne. *Brevis narratio eorum quæ in Florida Americæ Provincia*. Fráncfort: Theodore de Bry, 1591.

propia colonia, la villa de San Agustín.²² Durante los meses siguientes, Menéndez continuó aniquilando a los franceses. Para comienzos de noviembre, dos meses después de la llegada de Menéndez a La Florida, España controlaba la única población europea en la zona. Esta vez, la colonia duraría más de dos siglos antes de ser desplazada, no por la fuerza sino por la política internacional.

A pesar de que España tenía un punto de apoyo en La Florida, la región siguió llamando la atención de otros monarcas europeos a fines del siglo XVI que, sin duda, buscaban establecer sus propias colonias y bloquear al creciente imperio español. Inglaterra, por ejemplo, siguió explorando la costa atlántica de La Florida, incluyendo un viaje de 1584 a la isla de Roanoke en la costa de Carolina del Norte. Ese esfuerzo inicial llevó a un intento por establecer, entre 1585-1587, una colonia en la zona —la «colonia perdida» de Roanoke—.²³ En el siglo XVI, sin embargo, solamente España colonizó La Florida exitosamente.

Poco después de haberse deshecho de los franceses, Pedro Menéndez empezó a ejecutar su ambicioso plan para La Florida. Este incluía varios puntos: (1) instalar guarniciones costeras y misiones jesuíticas desde el golfo de México, dándole la vuelta a la Florida peninsular hasta la bahía de Santa María (Chesapeake Bay), a manera de transformar a los indígenas en aliados y convertirlos al catolicismo, proteger los intereses mercantes españoles y ofrecer auxilio a las víctimas de los naufragios; (2) descubrir el «pasaje noroccidental», un atajo que iba desde el océano Atlántico hasta el Lejano Oriente a través de un brazo del océano Pacífico que podría extenderse al este, surcando Norteamérica, y llegar a la bahía de Santa María; y (3) establecer la capital de su colonia en Santa Elena —donde había estado Charlesfort— y de ahí fijar la ruta terrestre hacia México. Menéndez deseaba hacer de Santa Elena un puerto principal, por donde pasaran artículos del Lejano Oriente y de México en camino hacia España.

Menéndez y sus representantes hicieron numerosos viajes a lo largo de las costas de Florida y por el río San Juan o St. Johns, así como hacia la bahía de Santa María, en conjunción con sus esfuerzos por establecer misiones y guarniciones entre los indios. Las crónicas de estos viajes brindan información importante sobre los grupos nativos de la zona en esa época.²⁴ El marino español también envió dos expediciones por tierra, bajo el mando de Juan Pardo, hacia el interior de La Florida, para llevar a cabo exploraciones preliminares y trazar la ruta a México.²⁵ La primera expedición partió de Santa Elena a fines de 1566 y llegó al oeste de Carolina del Norte; la segunda, en 1567-1568, llegó hasta Tennessee, y estableció en el

²² Eugene Lyon (1976, 1988) brinda detalles acerca de la fundación de San Agustín y los planes de Menéndez; véase también el estudio de Milanich (1995: 155-163).

²³ Una perspectiva general de las expediciones patrocinadas por Sir Walter Raleigh la ofrece Quinn (1985).

²⁴ Traducciones al inglés de las interacciones con los indígenas durante la época de Menéndez se encuentran en Barrientos (1965), Quinn (1979) y Solís de Merás (1964).

²⁵ El referente general en cuanto a las expediciones de Pardo es la obra de Hudson (1990).

camino una cadena de cinco pequeños puestos de avanzada. Durante sus viajes, Pardo visitó algunos de los pueblos indígenas en los que De Soto había estado antes.

A pesar de todos estos esfuerzos, el control de España sobre La Florida del siglo XVI era débil, y los planes de Menéndez jamás se concretaron. La defectuosa información geográfica y la resistencia de los indios del sudeste frustraron sus propósitos. No existía un pasaje nor-occidental tal como él se imaginaba; establecer una ruta terrestre a México resultaba casi imposible ya que la distancia era mucho mayor de lo calculado. El fracaso de todas las guarniciones costeras entre los indios calusa —al sur de la actual Fort Myers, Florida—, tocobaga —en la bahía de Tampa— y tequesta —en la boca del río Miami— causó la muerte de una buena cantidad de españoles. Los indígenas también mataron a varios sacerdotes jesuitas que habían viajado a la bahía de Santa María con miras a establecer una misión. Esas muertes, así como otras sufridas por la orden en La Florida, llevaron a los jesuitas a retirarse de la colonia en 1572. Incluso, Santa Elena fue abandonada en 1587, después de que sufriera ataques indígenas y fracasara el intento de desplazar a San Agustín como la capital de la colonia.

Con la retirada de los jesuitas, Pedro Menéndez de Avilés contrató a la Orden de los Hermanos Menores —los franciscanos— para que fueran a La Florida a catequizar a los indígenas. El primer fraile franciscano llegó a Santa Elena en 1573. Cinco años después otro franciscano vivía en San Agustín.²⁶ En 1584, 1587 y 1590 llegaron otros frailes, pero sufrieron fuertes bajas y el trabajo misionero no llegó a tener casi ningún éxito. A fines de 1595, sin embargo, había suficientes religiosos para llevar adelante la evangelización. Después de consultar con el gobernador de La Florida, el superior de los franciscanos asignó frailes a pueblos oriundos específicos, generalmente uno a cada localidad principal de cada territorio indígena. Inicialmente, se fundaron doctrinas con un fraile residente que impartía la instrucción religiosa entre los indios guale, en la costa de Georgia, y entre los grupos timucuanohablantes del sudeste de Georgia, al sur de San Agustín. Cada religioso también viajaba regularmente a los pueblos indígenas circundantes, donde realizaba visitas e impartía los ritos católicos.

La campaña franciscana se frustró en septiembre de 1597, cuando los indios guale se rebelaron, mataron a cinco frailes franciscanos y quemaron la mayor parte de las misiones. Según los religiosos, la causa de la rebelión fue la interferencia española en las prácticas guale de herencia y la prohibición de la poligamia. Así como la mayoría de otros indígenas del sudeste, los guale eran matrilineales, y rangos tales como el de jefe pasaban de los tíos a los hijos de las hermanas, y no de padre a hijo, como se acostumbraba en España. Quizá otra causa de la revuelta fue la exigencia de un tributo en maíz de parte de las autoridades de San

²⁶ Geiger (1937) brinda una historia de los primeros esfuerzos franciscanos; pueden consultarse las investigaciones más recientes de Hann (1988 y 1996), Hann y McEwan (1998), Milanich (1999) y Worth (1998a y 1998b).

Agustín. Producir este excedente hubiera resultado casi imposible para los guale durante los años de malas cosechas. El levantamiento fue rápidamente suprimido por los soldados españoles, quienes quemaron varios pueblos guale y forzaron un acuerdo de paz. Pocos años después, estaba muy avanzado el restablecimiento de la cadena de misiones desde la isla de Santa Catalina en la actual Georgia hasta San Agustín. A partir de 1606, los frailes empezarían a desplazarse por la Florida septentrional hacia varios pueblos de indios timucuanos. Para mediados de siglo, la cadena de misiones franciscanas se extendía al oeste, a través de la Florida septentrional, desde San Agustín hasta la provincia nativa de Apalache, en donde De Soto había pasado el invierno de 1539 a 1540.

Las misiones llevarían cambios a los grupos guale, timucua y apalache, originalmente habitantes de los actuales estados de Florida y Georgia, quienes también experimentaron una catástrofe demográfica. La presencia europea fue, asimismo, instrumental en la desarticulación de las sociedades de la cuenca del Misisipi. Las epidemias causarían gran mortandad; además, surgieron nuevas oportunidades para los indígenas con la aparición de singulares socios comerciales, especialmente los ingleses que colonizaron Virginia en 1607 y, progresivamente, expandieron su influencia al sur, hacia Georgia. Sistemas sociales, políticos y económicos tradicionales se transformaron a medida que grupos nativos —frecuentemente pueblos enteros— migraron a localidades nacientes. A fines del siglo xvii y en el siglo xviii, los descendientes de los nativos que habitaban la cuenca del Misisipi y otros indígenas del sudeste que a comienzos del siglo xvi habían presenciado la marcha de De Soto por sus tierras, emergieron como los grupos creek, natchez, seminole, yamasee y otros. La Florida había cambiado; realmente, era un nuevo mundo.